

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

558

25  
cts

MARION DAVIES

RALPH FORBES

**PAPA SOLTERON**



**LA NOVELA  
SEMANAL CINEMATOGRAFICA  
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco-Mario Bistagne**  
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO X

BARCELONA

N.º 558

# Papá solterón

Delicioso asunto,  
interpretado por la monísima Marion Davies,  
Ralph Forbes, C. Aubrey Smith, Ray Milland,  
Nena Quartaro, etc.



Es un film  
**METRO-GOLDWYN-MAYER**

Distribuido por

**METRO-GOLDWYN-MAYER**

IBÉRICA, S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
**SANDRA MILOWANOFF**



# Papá solterón

## *Argumento de la película*

Sir Basil vivía en su magnífico castillo de Inglaterra. Tenía cerca de sesenta años, era soltero y no parecía necesitar de los cuidados de la familia.

El castillo estaba dirigido por la señora Wells, una elegante y bella dama de mediana edad, de quien se rumoreaba era algo más que el ama de llaves de la casa.

La vida de Sir Basil había sido bastante aprovechada. Una remarcada debilidad por las mujeres había sido su blasón de juventud y de madurez. No se había querido casar, precisamente porque su afán de variedad le impedía encontrar siempre sabroso un mismo plato.

Cierta mañana, Sir Basil se encontraba departiendo amablemente con su abogado John Asley, un joven arrogante e inteligentísimo, a quien parecía sonreír el porvenir y que pasaba largas temporadas en el castillo.

La conversación, relacionada con la venta de unos terrenos, fué interrumpida por la presencia del doctor Mac Donald, médico del aristócrata y hombre de pulcras y atildadas costumbres.

—¿Cómo va esa salud, mi querido Sir Basil?

—No del todo mal. Si no fuera este maldito pie... A veces siento unos dolores agudísimos.

—Eso es el artritisismo. Le conviene una vida moderada, sin bebidas ni manjares fuertes.

—Precisamente me quiere usted privar lo que a mí me gusta.

—Pues si desea usted conservar su vida, siga mis consejos.

—¡No faltaba más!

Llamó a un criado, quien sirvió unas copas de licor para todos... hasta para Sir Basil.

Se opuso a ello terminantemente el médico; pero Sir Basil no quiso escucharle y se bebió tranquilamente la copita de verdoso licor.

—Ya se arrepentirá usted de su conducta. No será poca la penitencia.

—¡Bah! No creo que una copa más o menos influya en mi salud.

Aun permanecieron largo rato hablando, interviniendo también en la conversación la señora Wells, persona muy amable y distinguida,



que prodigaba a Sir Basil mimosas atenciones, como si deseara atrapar a este hombre para marido y conseguir después que le dejase en herencia sus cuantiosos bienes.

La señora Wells permaneció allí breves momentos, para reintegrarse a las tareas de dirigir la casa. Volvieron a quedar solos los tres hombres y de pronto Sir Basil lanzó un grito y tuvo que dejarse caer en un sillón, vencido por una dolorosa punzada en el pie.

—¡Ay! ¡Este reuma!

—¡Siga usted jugando con su salud, amigo mío! Ya ve las consecuencias.

Maldijo Sir Basil en aquel momento todos los licores y prometió no volver a reincidir.

Se marchó el doctor, moviendo la cabeza con gesto de duda, seguro de que el aristócrata, apenas le desapareciese el dolor, volvería a las andadas, a su eterna vida de hombre que no admite consejos de nadie.

—Ese médico no sabe más que privarme de beber—dijo Sir Basil al abogado John—. Mi única diversión... y me la quiere quitar. Se ve que no se da cuenta de lo aburrida que es mi existencia.

—No puede usted quejarse... Nada le falta.

—¡Qué sabes! Cierto que no me faltan bienes materiales; pero me siento tan solo...

—Sir Basil, ¿por qué no se casó usted?

—¿Casarme?... ¿Quién pensaba entonces en ello? La juventud parece que no se ha de acabar nunca y que no ha de venir tras ella el aburrimiento y la vejez. ¡Y sí vienen! Y se está

solo y lleno de achaques, como me sucede a mí...

—Fué una lástima no casarse en su día, Sir Basil. Ahora, los hijos le harían a usted compañía y desaparecería esa soledad que le rodea.

Sir Basil se echó a reír.

—¡Los hijos! ¡Pero si ya los tengo!

—¿Es posible?

—No quiero engañarte, John. No creas que he perdido el tiempo—dijo, riendo picarescamente.

—Pero ¿dónde están sus hijos?

—Por ahí.

—¡Es chocante! Nunca me habló de ellos.

—Mi vida está cuajada de aventuras. He sabido apurar el amor en muchas copas. Hazme el favor de traer aquel libro. Bien, gracias... Es mi libro de estadísticas. La historia de cada una de mis amigas. Hojéalo... Empieza a leer.

Extrañado por aquellas explicaciones, el abogado obedeció y en la primera página encontró escrito un nombre: Catalina Tent.

—Catalina fué una de mis amigas; pero no tuve ningún hijo con ella... Sigue.

—Blanca Ciastell.

—¡Ah! ¡Qué bonita era! Vive en la misma Inglaterra. A continuación están sus señas. De Blanca tengo una hija... una hija de dieciocho años, al menos. Pero, John, otro nombre...

El abogado leyó otros nombres de mujer, de las diferentes amantes que había tenido aquel aprovechado aristócrata, y al llegar al de Tina Jasney, Sir Basil interrumpió:

—De ésta tengo un hijo varón. Continúa.

—Nancy Tarull.



—¡Nancy Tarull! ¡Sí, sí! Me escribió que tenía una niña... ¡Ah, Nancy! Muchos años hace que no sé de ti. Y esa mujer fué acaso la que yo más amé, la que llegó más cerca de mi corazón. ¡Mi último y verdadero amor!

—Pero ¿cómo no se casó con ella?

—Porque ella estaba casada con otro.

—Sir Basil, permítame que no le felicite por su pasado. ¡Tener abandonados así a los hijos, no está ni medio bien!

—Reconozco que he hecho mal, ciertamente— se lamentó—. No creas, sin embargo, que lancé a la miseria a ninguna de las respectivas madres. Todo lo contrario. Las di una buena indemnización. Pero, llevado de mi egoísmo, no quise acordarme más ni del santo de su nombre. ¡Pecados de juventud! John, hoy no sé lo que siento. La soledad que me rodea es una continua acusación para mí. No tengo derecho a que esos chicos vivan abandonados, lejos de mí. Hay que hacer algo para enmendar ese error, para tenerlos conmigo. En el fondo de mi alma observo que nacen nobles pensamientos. Mira, John. Es preciso que vayas a buscar a mis hijos y los traigas a vivir conmigo.

—¿Los tres?

—Aunque fueran más. Veré si puedo conge-  
niar con ellos y de este modo la injusticia de no haberles atendido personalmente quedará reparada. Hay que buscar a esos muchachos. Lo malo es que creo que Nancy está en América.

—¿Y yo tengo que ir a América?

—Sí. Te doy plenos poderes para que arregles eso como quieras. Me siento otro. Deseo

ternuras a mi alrededor, ser papá... aunque sea un papá solterón.

\* \* \*

Efectivamente, el abogado John Asley marchó a América, dirigiéndose a casa de Nancy Tarull.

Era un pisito modesto. Le recibió la señora Batxer, mujer de mediana edad, amable y sencilla, quien quedó estupefacta al conocer el motivo de la visita del abogado. Pareció estar mucho tiempo bajo los efectos de la sorpresa, y luego dijo:

—Nancy murió hace muchos años, pero me dejó al cuidado de su hijita Tony. Yo era vecina de Nancy y siempre he considerado a Tony como a una hija.

—Pues a ésa vengo a buscar yo. Ella es la hija de Sir Basil.

—Lo sabía — exclamó tristemente—, pero nunca pude suponer que su padre se acordara de ella.

—¿Y qué tal es Tony?

—¡Una preciosidad! Ahora la conocerá usted.

La buena mujer parecía preocupada, como si quisiera decir algo y no se atreviera a hacerlo.

—¿Qué le ocurre? ¿No se encuentra usted bien?

—Sí, sí... No es nada.

Llamó a Tony, que era una muchacha rubia,



traviesa, alocada, una criatura moderna, alegre, pero con un gran corazón.

La mujer le explicó lo que ocurría, por lo que se tendría que trasladar a Inglaterra para vivir con su padre.

—Tu padre es Sir Basil, un millonario inglés.

—¿Es posible? Nunca me habías hablado de tal cosa.

—¿Para qué? No quise decírtelo nunca, pero es así. Sir Basil te reclama y tienes obligación de ir con él.

—¡Iré, iré! ¡Qué alegría estar con mi papá! Pero... ¡tener que abandonar! ¡No, no! Además, mi padre no se ha acordado de mí hasta ahora. ¡No quiero ir! Me quedaré aquí para siempre.

—Vamos, señorita—dijo el abogado, que se hallaba admirado ante la belleza de la muchacha—. No debe usted decir esas cosas. Su papá la espera con los brazos abiertos.

Al fin ella se dejó convencer y acordaron que al día siguiente partirían.

—Tome usted, para los primeros gastos—dijo John a Tony—. Para que pueda comprarse lo que necesite antes de emprender el viaje.

Marchó John, prometiendo regresar al día siguiente, y ella comentó ilusionada:

—Es simpático ese muchacho.

Y, a pesar de la tristeza que le causaba el tener que abandonar su país natal, sentía cierta extraña emoción ante la idea de conocer a su padre, de vivir una existencia rica y próspera, de tener que ir a Inglaterra en compañía de aquel muchacho tan distinguido y arrogante.

La mujer tenía un hijo llamado Dick, que era piloto aviador de la Armada americana y que pensaba en breve realizar grandes y arriesgados vuelos.

Dick lamentó profundamente que Tony, a la que amaba como a una hermana, se marchara de allí; pero, como era para reunirse con su padre, para mejorar de condición social, no quiso manifestar ninguna oposición ni contradicción.

Al día siguiente, Tony embarcó en un trasatlántico hacia Inglaterra. Iba como deslumbrada, con un ansia de novedad, de alegría, de aventura.

Y aquella misma noche, la señora Batxer se echó a llorar desconsoladamente en brazos de su hijo.

—Pero ¿qué tienes, madre? No vayas a realizar ahora alguna de tus escenas—le dijo Dick.

—He mentido, Dick, he mentido...

—¿Qué quieres decir? No entiendo una palabra.

—Tony no es la hija de Sir Basil.

—¿Que no es su hija? ¡Dios mío! ¿Por qué has mentido, entonces?

—Escucha, Dick. La verdadera hija de Sir Basil y de Nancy murió hace veinte años. Tony es hija de un actor y de Nancy Tarull... Pero, cuando ha venido a verme el abogado, yo he pensado en las grandes ventajas que iba a tener Tony si la hacía pasar por la verdadera hija del inglés, y he engañado al señor Asley.

—Pues eso es una locura y hay que enmen-



darla inmediatamente. ¿No ves que podríamos ir todos a la cárcel?

—No digas nada. Ahora, sería peor.

—Pues yo te prometo descubrir la verdad. Mi barco sale en breve para Inglaterra. Aprovecharé la oportunidad para hablar con Tony.

La señora Batxer, que había realizado aquel engaño con el deseo de que Tony ocupara un puesto brillante en la sociedad, rogó de nuevo a su hijo que tuviera discreción; pero éste mantuvo su promesa de no tolerar aquella superchería.

Tony y el abogado John llegaron a Inglaterra. Iban acompañados de una doncella que el abogado puso a disposición de la joven, a fin de evitar comentarios acerca de aquel viaje. Durante la travesía se inició un "flirt" entre Tony y John, y una profunda simpatía les unió.

John, después de dejar instaladas en un hotel de Londres a Tony y a la doncella, fué a buscar a María y a Geoffrey, los otros dos hijos de Sir Basil, que vivían con sus respectivas madres.

A los dos atrajo de repente la novedad de ir a vivir con el papá desconocido, que era millonario, y aceptaron marchar inmediatamente, con el consentimiento de sus mamás, que, por otra parte, se encontraban encantadas de que Basil, el antiguo y olvidado amor, se hubiese acordado de sus vástagos.

Los tres hijos llegaron con John, una mañana, al castillo de Sir Basil. Alegrementemente comentaban cómo sería papá... ¿Guapo, feo? ¿Simpático, gruñón?

Sir Basil había salido, y un criado avanzó ha-

cia los recién venidos. Tony, dándoselas de lista, creyó que aquel hombre, ya anciano, era su padre, y lo estrechó jovialmente en sus brazos.

—¡Papá! ¡Papá!

Iban a hacer le mismo sus dos hermanos; pero John les contó, riendo a carcajadas.

—Tony... Estás en un error... Ese hombre no es tu papá, es un criado.

—¡Encantado de la equivocación, señorita! —dijo el sirviente.

Y Tony se sintió avergonzada y balbució unas palabras de excusa. María, su hermana, le dijo:

—Tony... Yo reconocería inmediatamente a mi papá entre todos los hombres. Me lo diría la voz de mi corazón.

—Ya veríamos.

Fueron recorriendo la casa con admiración, haciendo elogios de aquel castillo espléndido, cuyo lujo contrastaba con la vida mediocre de las respectivas casas de ellos.

Entraron finalmente en un salón, donde a los pocos momentos apareció un caballero de edad, muy bien portado.

Ahora sí que a María le habló la voz de la sangre:

—¡Padre, padre!

Corrieron todos a abrazarlo, pero el caballero, sorprendido, exclamó rápidamente:

—¡Eh, eh! ¡Que yo no soy su papá, señoritos! Soy el doctor Mac Donald, el médico de Sir Basil.

Ahora fué Tony la que rió, mofándose de la equivocación de su hermana.



—Pero ¿está enfermo nuestro padre?—dijo el joven Geoffrey.

—No está muy bien. Un poco achacoso. Pero si lleva una vida moderada, podrá prolongar largos años su existencia.

Entró John, y el doctor, al enterarse de que Sir Basil no había llegado, prometió volver más tarde.

John dejó un momento solos a los tres muchachos.

—Podéis hacer lo que queráis. Sir Basil tardará aún seguramente en llegar. Yo voy a mi despacho, a acabar de arreglar unas cuentas.

Al quedar solos, Tony comenzó a cantar, a bailar, dando gritos estentóreos. Recibía en ella la muchacha de los Estados Unidos, acostumbrada a la estridente alegría y diversión. María se puso al piano y Geoffrey palmoteó y cantó también.

Así pasó largo rato, y en aquella casa, siempre tan grave y silenciosa, era algo incomprensible, fuera de tono, la algazara plebeya y juvenil.

Cuando se hallaban en plena fiestecita, bailando Tony una especie de danza negra acompañada de extraños sonidos, entró Sir Basil, que venía de pescar truchas en el vecino lago y llevaba unos cuantos ejemplares en la mano derecha.

Al ver aquel baile y su subsiguiente griterío, quedó estupefacto y un terrible mal humor se reflejó en su semblante. Indudablemente aquellos muchachos eran sus hijos, cuya llegada es-

taba anunciado para aquel día. Pero, ¿cómo se atrevían a portarse de modo tan ordinario?

Tony, al ver a aquel caballero con las truchas, creyó ingenuamente que era un vendedor y, avanzando hacia él, le dijo:

—¡No, no se moleste, no queremos pescado!

—Pero ¿qué dice usted?—exclamó Basil, enfurado.

John entró en la estancia y, al darse cuenta de la equivocación sufrida, se apresuró a explicar:

—Amigos, os presento a vuestro padre, Sir Basil.

Los tres jóvenes se quedaron boquiabiertos. Tan cohibidos se encontraban, que no se atrevían siquiera a decir palabra alguna. Tony se puso las manos en la cabeza, torciendo ridículamente su pequeño sombrero de fieltro. ¡Sí que acababan de recibir bien a su papá!

Sir Basil estaba furioso. Que su hija le hubiese confundido con un vendedor de pescado, le indignaba. Todas las ternuras que tenía almacenadas en el alma, se habían desvanecido al ver, además, a los muchachos bailando y riendo ridículamente.

El recibimiento, pues, carecía de efusión. En aquel instante entró la señora Wells, quien miró hostilmente a los recién venidos, que adivinaba le iban a quitar la influencia que ella ejercía en la casa.

Contempló a Tony, que tenía aún el sombrero torcido, y le dijo:

—Pero, ¿qué es eso? ¿Es un sombrero lo que lleva usted?



—A usted no tengo que darle ninguna explicación. Y si se trata de sombreros, el de usted, tan grande, parece el de una mula—respondió la joven.

—¡Insolente!

—¡Vamos, cálmense ustedes!—dijo John—. Que haya paz, que es lo principal. La señora Wells tiene a su cargo la administración de la casa. Deben todos respetarla.

—No quise ofenderla, pues fué ella quien comenzó a insultarme.

A ruegos de John retiróse la señora Wells, y entonces el abogado presentó los jóvenes a Sir Basil.

Tony, amablemente corrió a abrazar a su padre, pero con tan mala suerte, que le dió un tremendo pisotón, que hizo ver a Sir Basil todas las estrellas del firmamento.

Los tres muchachos, ante las incidencias de aquel recibimiento, estaban realmente atemorizados.

Sir Basil, al fin, pareció humanizarse en su trato, y les fué preguntando a cada uno por su vida. Geoffrey explicó que era ingeniero; María que había cursado varios cursos de canto, y Tony que se dedicaba a mecanógrafa en América y además, cultivaba activamente los deportes.

—La gimnasia ha sido siempre mi especialidad—dijo sonriendo y cerrando los puños en actitud de ataque como un boxeador.

Poca gracia le hacían todas aquellas cosas a Sir Basil. El era realmente el padre de aque-

llos muchachos; pero nunca les había visto, y les miraba con cierto recelo.

¿Sería posible que aquellos hijos, fruto de distintas aventuras de amor, pudiesen convivir con él? ¿Se avendrían? ¿No sería acaso preferible que se volvieran con sus madres?

Tampoco a los muchachos les parecía muy agradable la perspectiva de tener que vivir al lado de aquel viejo gruñón. Ciertamente que era su padre; pero más que el lazo de la sangre, lo que engendra cariño y amor, es la continuidad, la vida en común, toda la existencia compartida junta. Y aquel hombre era ciertamente su padre, pero nunca le habían conocido.

Tony, siempre traviesa, atrevida, habló en voz baja con sus hermanos y luego comunicó su decisión a Sir Basil.

—Padre, creo que deberíamos hacer como un convenio, antes de que nuestra instalación aquí sea definitiva.

—¿Un convenio? ¿Qué quieres decir? ¿Impones condiciones?

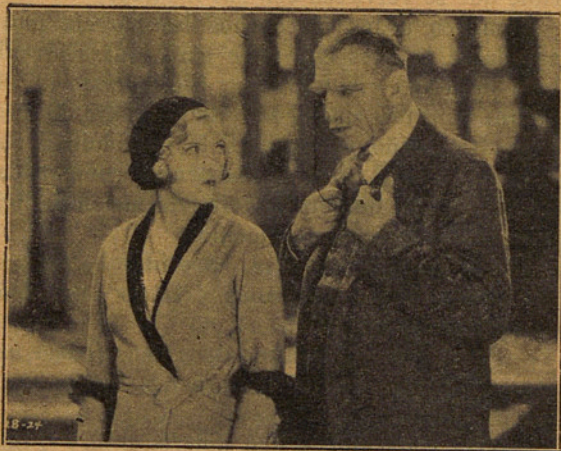
—Nada de eso, pero es preciso que veamos si puede existir avenencia entre nosotros. Todos hemos vivido en un ambiente muy distinto, sin soñar jamás en esto. Hay que observar si será posible la convivencia. Para ello, propongo lo siguiente: un mes de prueba, durante el cual usted y nosotros veremos si nos va bien la vida en común.

Aquella extraña proposición mereció la aprobación de María y Geoffrey. Al abogado John le pareció algo excéntrica y risible y Sir Basil, al principio, la rechazó de plano, creyéndola



producto del humorismo. Pero acabó convenciéndose de que no estaba tan mal como a primera vista parecía.

El cariño lo engendra el trato, el mutuo conocimiento. ¡Bien, aceptaba!



—¿Impones condiciones?

—Estaremos aquí un mes—dijo Tony—. Durante ese período veremos si será posible que todos seamos felices viviendo en el castillo. Si lo somos, ya no nos moveremos de aquí en lo sucesivo, de lo contrario, volveremos con nuestras familias. ¿Le parece a usted bien?

Gruñó sordamente:

—Sí.

—¡Gracias, Sir! ¡Oh! No sé cómo llamarle

durante esta época de prueba—dijo Tony riendo—. Papá, me parece un nombre de demasiada confianza. Sir Basil, algo demasiado serio.

—Llámele jefe—dijo John, a quien en el fondo no desagradaba aquella manera especial que había tenido Tony de arreglar las cosas—. Es una cosa intermedia.

—Perfectamente. Desde hoy, le llamaremos así. ¡Jefe, a sus órdenes!

Y los tres muchachos, cogidos del brazo, se alejaron, para continuar en el jardín sus comentarios.

Sir Basil miró a John con asombro.

—¿Qué le parece a usted, amigo mío? ¡Si llego a saber que han de ir así las cosas, no les hago venir!

—Tony es excéntrica, no hay duda; pero no me parece del todo desacertado su plan. Deben observarse mutuamente y ver si será posible ese cariño que, aunque de padres e hijos, es distinto de los corrientes, pues ellos jamás supieron que usted existía y, por lo tanto, nunca le tuvieron en el corazón. Y usted no se quiso preocupar tampoco de ellos, viviendo su existencia de solterón.

—En fin. Hoy empieza para mí una era nueva. ¡Ojalá sirva para papá!

\* \* \*

Pasó el mes de plazo y triunfaron la lealtad y el amor. Los tres muchachos, después de la primera impresión desagradable del día de la



llegada, se mostraban para Sir Basil muy gentilmente amables, con inquebrantable cariño y sinceridad.

Y Sir Basil, que al principio se sentía furioso, sin saber por qué causa, ante aquella invasión juvenil que él mismo había traído, ahora comenzaba a sentir las delicias de sentirse amado por seres en cuyo corazón no anidaban el egoísmo ni los móviles bajos, ni los intereses bastardos.

Especialmente Tony había cambiado su carácter frívolo de los primeros días con una ternura cada vez mayor para su padre. Y éste era feliz, y aun modificaba sus hábitos de vida, tales como el de comer demasiado, gracias a los consejos de su hijita.

Llevaba, pues, una existencia moderada, y aquello ya parecía una verdadera familia, unida por los lazos del más puro amor.

Tony era feliz, porque no sólo veía que se vivía bien al lado de su padre, sino porque su alma se llenaba de otra luz de amor, más resplandeciente todavía: el cariño que sentía por John. El la amaba también y sus sueños eran de maravilla.

Un día, después de cenar, al cumplirse el mes de la estancia de los hijos de Sir Basil, el abogado, cómicamente, leyó un documento que habían firmado los tres muchachos, diciendo que, después de efectuada la prueba, se quedaban a vivir para siempre en aquella casa.

La más grande alegría se apoderó de Sir Basil, quien abrazó a sus hijos y aun les hizo diferentes regalos.

La velada fué deliciosa. Todos estaban contentos, con excepción de la señora Wells, que se daba cuenta de que iba perdiendo su influencia.

Parecía que iba a ser eterna la dicha. John esperaba de un momento a otro decir a Sir Ba



*...había cambiado su carácter frívolo...*

sil que amaba a su hija. Seguro estaba de que Basil accedería gustosísimo.

Tony y John se querían con toda su alma. Y el jardín les servía de escenario para su idilio, sin sospechar la tragedia que se cernía sobre ellos.

A la mañana siguiente, Tony hizo llamar a su padre a las seis, para que fuesen a dar un



paseo a caballo, pues según ella decía, le convenía a su papá el ejercicio.

Refunfuñando, pues no se levantaba nunca hasta muy tarde, Sil Basil accedió, y los dos fueron a dar una vuelta.

A mediodía no habían regresado aún. John, con María y Geoffrey, se hallaba en el comedor, cuando escucharon el rumor de un aeroplano que volaba bajísimo sobre el jardín.

Se asomaron y vieron que un avión daba vueltas, buscando un sitio para aterrizar.

Pero ¿qué se proponía aquel loco? ¿Por qué quería aterrizar allí? El mayordomo lanzaba grandes gritos, como si el aviador pudiera oírle:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡No aterrice!

Fué inútil que se esforzara. El aeroplano descendió majestuosamente y un hombre salió de la cabina.

John reconoció en el aviador a Dick Batzer, el joven que vivía en la casa de Tony en América.

Extrañado de su presencia, le saludó afectuosamente, y Dick le dijo que había querido efectuar una visita a su hermana adoptiva antes de emprender un vuelo directo a Nueva York.

—Su hermana no puede tardar en venir. Ha salido con su padre. Pero, pase usted.

Le presentó a María y a Geoffrey, y Dick, que parecía algo preocupado a pesar de sus esfuerzos por sonreír, contó diferentes anécdotas de su vida de aviador.

Al poco rato llegaron Sir Basil y Tony. El primero aparecía ligero, fresquito; Tony, fati-

gada, casi sin poder andar a causa del excesivo galope. ¡Ah, no le quedarían a la muchacha ganas de reincidir en el paseo a caballo! Su padre le había demostrado que tenía mayor agilidad que ella.

Tony recibió alegremente a su hermano adoptivo y lo presentó a Sir Basil, quien le invitó a almorzar.

Después de la comida el joven aviador dijo a Tony que deseaba hablar con ella un momento a solas.

Salieron los dos del comedor, sentándose en la escalera del vestíbulo.

—¿Qué pasa, Dick? — le preguntó —. ¿Por qué pones esa cara tan triste?

—No pensaba decírtelo, pero las circunstancias me obligan a ello y ya no hay otro remedio.

—Me tienes asustada. ¿Está enferma tu madre?

—Nada de eso. Es necesario que lo sepas. Tú no eres la hija de Sir Basil.

—¿Que yo no soy...? ¡Oh, Dios mío!

Se había puesto pálida, como si estuviera a punto de desvanecerse.

—¡Eso no es posible!—murmuró.

—Desgraciadamente, es verdad. Mi madre cometió la imprudencia de hacerte pasar por hija de Sir Basil, cuando en realidad la verdadera hija murió hace veinte años, y tú eres hija de Nancy y de un actor. Lo hizo con el buen deseo de que mejorases de posición, de que pudieras tener una vida más bella que la que llevabas. A mí me lo confesó pocos días después, y yo me indigné al principio; pero luego pensé



no decirte nada. Ahora, desgraciadamente, ya no puedo ocultarte la verdad.

La pobre Tony tenía un gesto de hondo dolor. Parecía como si le hubiesen arrancado una gran parte de su vida.

—Mi madre acaba de mandarme esta carta. Léela. En ella me dice que se le ha presentado un abogado denunciando que te han hecho pasar a ti por hija de Sir Basil, cuando la verdadera murió hace muchos años. El abogado ha dicho que se iba a Inglaterra para advertir de la falsedad a Sir Basil. Es un hombre que vive de eso, del *chantage*. Hubiera callado, seguramente, si mi madre hubiese tenido dinero para pagarle. Como no es así, tú estás amenazada con que cualquier día se presente aquí ese señor y confiese la verdad.

—¡Oh, yo se lo diré! ¡Yo no quiero estar aquí de esa manera!—contestó decidida.

—Sería mejor que confesases. Tal vez te perdonara. Sino, te expones a que se descubra antes que tú se lo digas.

—No me perdonará nunca, estoy segura.

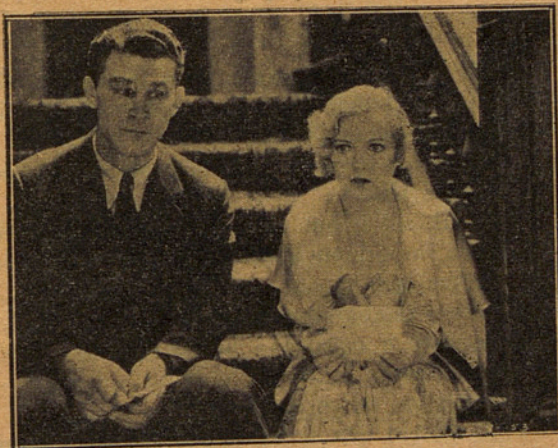
Entró John e interrumpieron su conversación. Dick se despidió de todos y marchó de nuevo en avión. Al día siguiente, iba a emprender el gran vuelo.

Tony disimuló su inquietud y esperó la ocasión propicia para confesarlo todo a Sir Basil.

Procuró separarse de John y entró en el despacho de Sir Basil, donde éste acababa de pasar un gran disgusto. Sus dos hijos Geoffrey y María se marchaban de la casa. La madre de Geoffrey estaba enferma y reclamaba a su hijo

a su lado. En cuanto a María, había recibido un telegrama anunciando que la acababan de contratar para el Teatro de la Opera.

Iba Tony a confesar a su padre la verdad, cuando éste le dijo con voz dolorida:



—No me perdonará nunca...

—¿No sabes, querida mía? María y Geoffrey se marchan de aquí. Uno a reunirse con su madre enferma y la otra a cantar en el teatro. Me parece que no sienten mucho el alejarse de esta casa. ¡Qué solo quedaría yo ahora si no fueras tú, hija mía, lo único que me queda!

Aquella inesperada revelación hizo enmudecer a Tony, que pensó en la tristeza de Sir Basil si ella le decía la verdad. Y guardó silencio, aca-



riciando a Sir Basil con ternura verdaderamente filial.

\* \* \*

María y Geoffrey marcharon a la mañana siguiente. Aquel día, después de comer, Sir Basil se dirigió a su despacho, donde le esperaba el abogado señor Campell, venido expresamente de los Estados Unidos.

Campell, sin inmutarse en lo más mínimo, le pidió una importante cantidad para comunicarle una noticia sensacional.

Sir Basil estaba sorprendido.

—Le daré a usted lo que sea preciso, pero necesito conocer antes esa noticia.

—Fío, pues, en su palabra.

Y le mostró una serie de documentos en los que aparecía claramente probado que Tony no era la hija de Nancy y de Sir Basil, sino de Nancy y de un actor de teatro.

Sir Basil quedó aterrado y leyó varias veces aquellos papeles; pero tuvo que rendirse a la evidencia. Tony le había engañado miserablemente.

Exaltado, furioso, pagó varios centenares de libras al abogado que le había puesto al corriente de la indigna mixtificación, y volvió al comedor con el semblante empalidecido por la cólera.

Bien ajenos a lo que podía haber ocurrido,

Tony y John forjaban planes para el porvenir. La señora Wells, en un rincón, les miraba con implacable hostilidad.

Los dos jóvenes habían acordado decir a Sir Basil que se amaban.

John, al ver entrar al dueño del castillo, acarició suavemente a su novia, y dijo:

—Sir Basil, ¿me va usted a permitir unas palabras?

—Diga usted—contestó bruscamente.

—Quiero casarme con su hija. La adoro desde que la conocí.

Una sonrisa cruel flotó en los labios de Sir Basil.

—No es mi hija—respondió.

Tony quedó aterrada. Comprendió inmediatamente que todo estaba descubierto.

—¿Que no es su hija Tony?—preguntó el abogado.

—No. Me ha estado engañando. Tomó el puesto de su hermanastra muerta. Acabo de enterarme de todo.

La señora Wells lanzó un grito de triunfo. Se iban eliminando de nuevo los obstáculos. John, con una inmensa desilusión en el alma, miró a su novia y le dijo:

—¿Sabías tú eso?

—Sí... desde ayer—contestó con sinceridad, inclinando la cabeza.

—¡Y nada me habías dicho! ¡Y consentías que yo viviese también en el engaño!

Salió loco de indignación, mientras Tony, anegada en lágrimas, suplicaba a Sir Basil:



—Quiero hablar a solas con usted, quiero decirle por qué no se lo he dicho antes.

—¡Habla!

—Ha de ser a solas. Señora Wells, le ruego que haga el favor de salir.



—No es mi hija.

La aludida no se movió, y Tony le dijo con ira:

—¿Tendré que hacerla salir por la ventana?

Sir Basil rogó a la señora Wells que se marchase y ella obedeció.

Entonces Tony explicó la verdad, cómo no había querido decirle nada por el temor de que se quedara solo, después de haberse marchado sus dos hijos. Pero Sir Basil, a quien cegaba

la ira, no creyó una sola de aquellas palabras, y viendo la inutilidad de sus esfuerzos para convencerle, Tony salió desesperadamente de la habitación.

Poco después John volvió a entrar en el comedor y hablaba amargado con Sir Basil.

¿Dónde estaba Tony? Había que escucharla; acababa de pensar que ella no podía ser culpable de aquel engaño.

Sir Basil guardaba penoso silencio, como apesadumbrado por lo que ocurría. Entró un mayordomo con una cartita que acababa de traer un "botones". Era de Tony y decía:

*Ya que ni usted ni John me creen, me marchó en el avión de Dick a América. Pero sepan que he dicho la verdad y que lo ignoré todo hasta ayer. Yo podré no ser hija suya, Sir Basil, pero le sigo queriendo como a tal.*

*Tony.*

Aquella carta causó a los dos hombres una gran impresión.

—¡Qué locos hemos sido! ¡Es verdad!—dijo Sir Basil—. Ella no podía mentir, no sabe mentir. John, vete a buscarla... antes no marche a América. La necesito, la adoro. ¡Es como si fuera mi hija!

John, desolado, volvía a sentir en el corazón la añoranza de la novia a la que sólo por un momento había conceptualizado culpable. Marchó velozmente en automóvil al aeródromo, mientras Sir Basil se paseaba agitadísimo por la estancia.

Llegó el doctor Mac Donald, a quien Sir Basil comunicó lo que estaba pasando. Ambos, por



medio de la radio, procuraron ponerse en comunicación con el aeródromo, donde se transmitían las noticias de la próxima salida del avión de Dick.

Una gran multitud despedía al valiente aviador. Tony, deseosa de alejarse de aquella tierra inglesa, donde tan cruelmente quedaba herida su alma, llegó al campo y, acercándose a Dick, le rogó se la llevara con él.

—¡Qué locura! Pero ¿por qué?

—Todo está descubierto. No quiero vivir más con ellos. ¡Llévame contigo!

Aun insistió, haciéndole ver los peligros que tal viaje significaba; pero acabó accediendo a los deseos de ella. Y el avión remontóse con dificultad, antes de que hubiera llegado John al aeródromo.

El aeroplano, a causa de su pesada carga de combustible, no pudo elevarse más y vino a chocar contra unos árboles, destrozándose completamente y quedando contusionados Tony y Dick.

La sensación fué enorme. En aquel momento llegó John, quien corrió a levantar a su novia y, viendo que sólo tenía heridas superficiales, la subió en el automóvil y se la llevó lejos de allí, hacia el castillo. Por el trayecto, Tony abrió los ojos y miró a su novio con espanto.

—¿Dónde me llevas?

—Al castillo otra vez. Sir Basil quiere perdonarte. Tú tienes todo mi amor. Nena, sé siempre buena conmigo.

—¿De veras me perdonas?

—¿No lo estás viendo?

Se abrazaron entre lágrimas, y a poco llegaban al castillo, donde Sir Basil, impaciente, se había enterado por la radio de que el avión había chocado contra unos árboles, resultando ligeramente heridos sus tripulantes.

Deseaba ardientemente que volviese la muchacha y tenía la esperanza de que John se la llevaría.

La señora Wells había entrado poco antes, manifestándose su satisfacción al ver que no estaba ya en la casa Tony, pero Sir Basil, enfurecido, le contestó que amaba a Tony más que nunca, y que rogaba a la señora Wells, puesto que se había hecho incompatible con la joven, que saliese del castillo. Ella, desechada, no se hizo repetir la orden.

Cuando Sir Basil vió entrar a Tony y a John, levantó los brazos para estrechar en ellos a la que, si bien no era hija de su sangre, lo era de su corazón, pues había logrado conquistar su alma por completo.

Tony, emocionada, se dejó abrazar y pidió perdón a su padre por no haberle dicho el día anterior que no era su hija.

John, sonriente, se creyó en el deber de intervenir:

—Sir Basil, vuelvo a pedirle a usted la mano de Tony.

—¡Oh, no, no!—dijo él, sonriente—. Quiero a mi hija para mí. Necesito sus cuidados y tú me la quitarías.

Pero Tony se echó a reír y dijo:

—No te disgustes, querido papá. Dedicaré el



día para cuidarte y la noche para cuidar a mi  
maridito. Así estaréis contentos los dos.



—...la noche para cuidar a mi maridito.

Y estrechó dulcemente entre sus brazos a John,  
que era su dueño.

F I N

---

## Ediciones especiales

Se está agotando la TERCERA EDICIÓN de

# Hay que casar al Príncipe

por el artista favorito JOSÉ MOJICA

ACABA DE APARECER la esperada novela

# Inspiración

Una obra de arte de

METRO-GOLDWIN-MAYER

Interpretada por GRETA GARBO, la única

Novela destinada a las mujeres que saben amar.

EN PRENSA:

# El proceso de Mary Dugan

(Totalmente hablada en español)

Interpretada por María Ladrón de Guevara,  
José Crespo, Ramón Pereda, etc.

Precio popular: 1 pta.

---



**No deje de adquirir:**

**La Novela Cinematográfica del Hogar**

Inmejorables asuntos

32 páginas de amena y sana literatura

Postal-regalo en bicolor

**Precio popular: 30 céntimos**

**Éxito indiscutible de**

**EL FILM RUSSO**

NÚMEROS PUBLICADOS:

**El exprés azul**

**El batelero del Volga**

**El pueblo del pecado**

**El espía**

**La danza roja**

**Iván, el terrible**

**Precio: 50 cts.**

|||  
**EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA**  
|||

Sociedad General Española de Librería  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

|||  
**BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1**  
|||



Ediciones BISTAGNE

---

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA

---

---